

La disposición esperante: una actitud frente al tiempo de los niños



Gastón Guevara
UNSL
gastonhguevara@gmail.com

La disposición esperante: una actitud frente al tiempo de los niños

- Gastón H. Guevara-

Resumen

En el siguiente escrito se pretende mostrar la importancia de revisar la concepción y actitud que tenemos frente al tiempo de los niños. Para este cometido recurrimos a describir brevemente la concepción de tiempo que rige en nuestra sociedad y como esta nos lleva a un tiempo de desesperación, coartando así el libre desenvolvimiento de la infancia. Como propuesta de cambio, proponemos un tiempo de espera, que suponga el respeto por el ritmo natural del desarrollo infantil. Esto traerá consigo una mejor comprensión del tiempo en la infancia.

Palabras claves

Infancia, Tiempo, Espera, Trabajo, Educación

Abstract

In the following writing it is intended to show the importance of reviewing the conception and attitude that we have regarding children's time. For this purpose we resort to briefly describing the conception of time that governs our society and how it leads us to a time of despair, thus restricting the free development of childhood. As a proposal for change, we propose a waiting time, which implies respect for the natural rhythm of child development. This will bring with it a better understanding of time in childhood.

Key words

Childhood, Time, Waiting, Work, Education

Introducción

En el presente escrito intentaremos abordar la disposición esperante frente al tiempo de los niños. Dicha disposición es una *actitud* diferente frente a la concepción de tiempo imperante en nuestra época regido por la utilidad.

Para este análisis abordaremos, en primer lugar y brevemente, cómo el tiempo está regido por la producción y el trabajo, y cómo el hombre se convierte en un engranaje de esta cadena de montaje. El sinsentido de esta concepción de tiempo pronto quiere ser inculcada en los niños: los niños son lentos, por ello hay que apurarlos para que cada vez hagan más cosas útiles. Aquí hay un desconocimiento de la naturaleza de los pequeños, lo que trae como consecuencia la *desesperación*, que lleva a truncar la infancia. Ante esta triste realidad que nos atraviesa proponemos el tiempo de la espera, que supone una entrega del esperante a través del respeto a los ritmos propios de la infancia. Solo sabiendo esperar comprenderemos que el *tiempo del niño* es el tiempo del juego, de la repetición y por eso mismo es el tiempo del pensamiento, del arte, de la amistad, de la música, del amor y es preludio del *otium*

I. La clepsidra laboral

Con meticulosa penetración el surcoreano Byung-Chul Han (2015) ha expresado que “la aceleración actual tiene su causa en la incapacidad general para acabar y concluir” (p. 14). El hombre hodierno padece una radical ineptitud para demorarse y busca constantemente *hacer* algo. Y si algo lo obliga a demorarse, detenerse, sosegar, deben estar dispuestos en la cadena de actividades laborales, porque si no provocan en este *anima laborans* la sensación de muerte o bien pensar en el ineludible final. Y pensar en ello lo carcome interiormente, lo angustia y le genera una sensación de vacío, propia de un tiempo sin sentido¹. De manera que huye despavorido de la quietud, escogiendo la velocidad, yendo y viniendo sin propósito alguno.

El diálogo del Principito con el guardaguas es ilustrativo de lo que venimos diciendo. Veamos. Aquel, viendo como los trenes van y vienen a toda velocidad, comenta un tanto azorado:

- Van muy apurados ¿Qué buscan?

¹ Esto nos lleva a considerar que este tipo de hombre es incapaz para el ocio.

- *Hasta el hombre de la locomotora lo ignora –dijo el guardagujas*

Y un segundo expreso iluminado rugió, en sentido inverso.

- *¿Ya vuelven? –preguntó el principito.*

- *No son los mismos –dijo el guardagujas-. Es un cambio*

- *¿No estaban contentos donde estaban?*

- *Nunca nadie está contento donde está –dijo el guardagujas.*

Este *tipo* de hombre vuelve a la noche a su casa extenuado por un fárrago de acontecimientos sin que ninguno de ellos se haya convertido en *experiencia*, es decir, sin que ninguno lo haya marcado, sin que ninguno le haya pasado; recordemos que la experiencia es, solo secundariamente, lo que pasa; primordialmente experiencia es lo que me pasa. Y en ello hay un cambio, una transformación. Quien vive una experiencia ya no es el mismo. Ahora bien, si esto último no sucede el hombre “queda reducido a un trabajador, que tan solo acaba con el tiempo. Él no cambia. Los cambios desestabilizan el proceso laboral” (Han, 2015, p. 19). Y por ello prefiere la rutina agotadora que poco a poco los convierten en un autómatas.

El tiempo, para estas personas, no tiene un sostén interior, está regulado extrínsecamente por la artificialidad del reloj que como un ladrón sigiloso va robando los segundos, los minutos, las horas de su vida².

II. El tiempo en los niños

Habiendo expuesto brevemente la situación respecto al tiempo, la actitud frente al tiempo que conforma nuestra *forma mentis* en relación a él, nos parece conveniente y oportuno hablar del tiempo y los niños, o el tiempo en los niños, para poder distinguir,

² La invención y difusión del reloj contribuyó, por una parte, a que en nuestro círculo cultural occidental la gente desarrollase una conciencia del tiempo que pasa. Del ritmo natural día-noche al día de veinticuatro horas iguales. El reloj implica, homogeneidad, regularidad, precisión, orden, todo lo necesario para un trabajo productivo. El reloj, poco a poco va imponiendo su orden e imprime una concepción de tiempo fragmentado y regulado desde que nos despertamos y durante todo el día hasta el momento que nos acostamos, siempre, siempre, acudimos al reloj para saber si es hora de levantarse, desayunar, ir a una u otra cita, si estamos atrasados o vamos bien, si es hora de dormir.

analizar y unir sin yuxtaponer una concepción de tiempo *chrónos* (y hasta artificial) sobre la *aiónica* del niño³.

Soseguemos nuestros pasos y recorramos a tranco lento estos paisajes, visto que es hondamente valioso en el contenido que venimos afrontando.

En el niño la noción de *temporalidad* no aparece hasta después de los siete años, sin embargo, no entraña una concepción *utilitaria* del tiempo. En el niño el tiempo es un “eterno presente” –*Aiôn*–, no atiende al pasado ni se detiene en especular acerca del porvenir, no tiene ocupaciones laborales, ni listados de cosas por realizar en el día, la semana o el mes, desconocen el calendario y el reloj. Viven en un “entretanto”, en un paréntesis que los aleja del tiempo productivo.

Los niños, por naturaleza, son lentos. Lentos para caminar, para comer, para vestirse, para pensar, para hablar. Lentos. ¿O a nuestro criterio de personas mayores son “lentos”? En realidad, se mueven en razón de las disposiciones de su naturaleza⁴ y no según la artificialidad del reloj que somete nuestra natura a la tiranía del tic-tac.

Frente a lo artificial de este tiempo que provoca desesperación en quien intenta apurar, verbigracia, el juego del niño debe oponerse ardorosamente la espera.

III. Tiempo de desesperación

El sociólogo búlgaro Zygmunt Bauman se ha dedicado a dar, en muchos de sus libros, un diagnóstico sagaz sobre la sociedad presente a la cual califica como “líquida”. En uno de esos libros (2007) explica que esta padece un síndrome de impaciencia, es decir, carece de la fortaleza para esperar por un bien. Esta sociedad desea, indica el autor, “atajos”, no hay que perder el tiempo y por ello se alegra con la cada vez mayor posibilidad de “comprar lo que antes había que hacer”.

La espera, esa intolerable espera, ha sido eliminada. Entre el deseo y satisfacción ya no hay tiempo. La gratificación debe ser instantánea. “El tiempo ha llegado a ser un recurso (quizá el último) cuyo gasto se considera unánimemente abominable, injustificable e intolerable” (Bauman, 2007, p. 22).

³ Recurrimos a los griegos y su triple forma de decir tiempo. En este caso hemos tomado *Chrónos* el cual es, como dice Hesíodo en sus *Teogonías*, el devorador, el destructor; y *Aiôn*, que en arcaicamente significó aliento de vida, tiempo propio, y luego, con Platón, la eternidad.

⁴ Que no es diversa a la del adulto, pero que debe perfeccionarse, debe desenvolver sus potencialidades.

Este principio de liquidez de la moderna sociedad no tan solo se queda en los límites de las cosas materiales, sino que los rebasa ampliamente y aquí es donde el problema se agudiza de manera notable. Nos comenta Bauman que se manifiesta, entre otros aspectos, en una *falta de compromiso* (Bauman, 2007, p. 23), dado que esto implica paciencia, sufrimiento, espera. Esta falta de compromiso se puede hallar para con el trabajo, pero también para con aquellas cosas más esenciales, por ejemplo: hijos. –“¿Hijos? ¿Para qué? Acaso no nos quitan el tiempo, postergando nuestro placer”. –“No tengo tiempo para jugar, tengo que te trabajar”. Son algunas de las frases que escuchamos hoy.

Ecuánime sentencia lanza Bauman en razón de lo que venimos comentando: “Si uno acepta esperar, postergar las recompensas debidas a su paciencia, será despojado de las oportunidades de alegría y placer” y renglones más abajo remata: “El paso del tiempo presagia la disminución de oportunidades que debieron tomarse y consumirse cuando se presentaron” (Bauman, 2007, p. 24). En concordancia con esto, Byung-Chul Han (2005) indica que “quien vive el doble de rápido puede disfrutar en la vida del doble de opciones. La aceleración de la vida hace que esta se multiplique y se acerque al objetivo de una vida plena” (p. 25). Se coliga esto último con la idea de *cantidad*. La abundancia de bienes materiales, de tiempo, da -o daría- como resultado una vida plena: felicidad. A lo que el filósofo surcoreano responde tratando de iluso al que esto piense; la vida plena no puede explicarse en función de la cantidad, sino de la amplitud temporal que gana cuando recupera la vida contemplativa (Han, 2005, p. 162).

Retomando con Bauman, en otros de sus libros (2005), muestra cómo a pesar de que las personas necesitan en algún grado una mano amiga que las sostenga.

Desconfían todo el tiempo del ‘estar relacionados’, y particularmente de estar relacionados ‘para siempre’, por no hablar de ‘eternamente’, porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar, y que pueden afectar severamente la libertad que necesitan para relacionarse. (p. 8).

El diluido hombre moderno es la antítesis del Zorro que busca y pide ser domesticado. El disgregado hombre moderno, es incapaz de generar vínculos que lo aten. A fin de cuenta se ve obstruido, por su propia ceguera, a amar. Porque amar requiere aceptar todo lo que él resiste.

Ahora, si no quiere sujetarse a nada ni a nadie ¿cómo se supone que se relaciona con un otro? El sociólogo búlgaro da en la tecla: “La atención humana tiende a concentrarse actualmente en la satisfacción que se espera de las relaciones” (Bauman, 2005, p. 9), y esto lo hacen recurriendo a consultores que les sepan decir “cómo degustar las dulces delicias de las relaciones evitando los bocados más amargos y menos tiernos; cómo lograr que la relación les confiera poder sin que la dependencia los debilite” (Bauman, 2005, p. 9-10). Todo, absolutamente todo debe ser disuelto para que pueda, en primer término, generar rápida satisfacción, y en segundo término, ser consumido sin consecuencia alguna. Seguidamente, en un desbordante sentido común –que por lo general lo tiene-, expone que las personas buscan “relaciones revolucionarias” que revienten “la burbuja asfixiante de la pareja”; y compara la continuidad de estas relaciones con el service de un vehículo, “para determinar si puede seguir funcionando” (Bauman, 2005, p. 11). Además, tal vez, en ese pseudo-compromiso con otro me cierro a otras posibilidades más placenteras, más gratificantes.

No deja de sorprender el hecho de que se buscan, se “construyen” y “deconstruyen” teorías que permitan justificar estos actos. Así, por ejemplo, se evita hablar de “pareja” y se lo suplanta por “conexión”. Esta idea presenta un panorama mucho más alentador para las personas que desean una relación pero no el “encierro” que produce un compromiso. Tener una conexión implica, también, la desconexión. Lo que mide estas conexiones y desconexiones son los grados de placer y gratificación que me puedan otorgar. En definitiva, es el hedonismo el parámetro de su vida. Es el uso y el abuso, es el descarte, la evasión. El hombre se fuga de aquello en lo cual debería estar, pero que lo atosiga.

Asidos a los escritos de Bauman y de Byung-Chul Han, aunque seguramente insuficientes, podemos decir que vivimos en la sociedad de la desesperación. Esta es una condición, un estado del espíritu, que dispone a considerar la imposibilidad de alcanzar cualquier bien; pero lo más funesto es que en la actualidad esta desesperación se viste con los oropeles del optimismo y la afabilidad: bebe hasta saciarse de los placeres, saborea las uvas más maduras; mas guarda en una habitación herméticamente cerrada, a imitación de Dorian Gray, el retrato de su alma corrompida.

IV. Tiempo de espera

Vivimos en una época de raudo y frenesí, donde todo debe ser de fácil e instantánea satisfacción; dicho de otro modo, se procura que el *tiempo* sea lo más productivo posible. Se presenta aquí una *concepción* y una *actitud* frente al tiempo que -así como fue ajena en períodos históricos previos a la modernidad y en especial a la Revolución Industrial-, es completamente extraña para los pequeñuelos. Esta concepción de tiempo es aquella regida por la producción, por la utilidad... “el tiempo es oro”⁵. Y a este ídolo se quiere sacrificar todo. Pero este parámetro al ser ajeno a los niños no debería regir sus vidas, antes bien hay que acatar el tiempo de su propia natura, sin ningún aditamento que acelere su crecimiento, acaso dejando que la naturaleza obre.

Debemos esperarlos, en otras palabras, no violentarlos para sacarlos o llevarlos a algún sitio, sino permaneciendo donde estamos esperando a que ellos vengan:

Cuando a un niño continuamente lo ‘arrancamos’ de su juego porque el tiempo ‘apremia’, no le concedemos el período de tiempo que corresponde a su necesidad de exploración y a su mundo de fantasía. Y cuando estas situaciones se amontonan, acabará por perder el gusto de distintos juegos y hasta su capacidad de interesarse en ninguno (Plattner, 1995, p. 126).

Es preciso aguardar, dar el tiempo necesario, esperar con respeto y estima, contemplar lo que hace y contemplarlo a él. El médico, filósofo, ensayista e historiador Pedro Lain Entralgo (1978, p. 130 y ss.) puede iluminarnos en este punto, él expone lo que sigue: “La actitud de esperar supone, por lo pronto, una consciente y resuelta «entrega» de la existencia del esperante”. En este caso el padre o la madre se entregan al hijo, a su tiempo, a su juego. “*Por el simple hecho de esperar, el esperante está comprometido, empeñado, entregado.*” En esa espera paciente y prodigada hay también una “pregunta” que me compromete a esperar la respuesta del otro; en este caso se da al finalizar, al completar lo que esté haciendo, traducándose en un: - “Terminé”.

Asimismo, en esta *espera*, que no es simplemente un “matar el tiempo”, se da “*cumplimiento de una vocación personal*”, que, en este singular ámbito de la crianza, se expresa en la paternidad. Vocación indelegable e intransferible; no exenta de dolores

⁵ Hemos abordado este tema en “Tiempo y modernidad. Los desajustes entre técnica y existencia desde una lectura pedagógica”, Revista EUROPA, enero-junio 2020, nº 11, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, pp. 129-142.

y sufrimientos, y sin embargo rebotante de alegría por cumplir la vocación de amar. Es un “delicado y hondo fenómeno humano” en el que se nos llama “a ser de un modo y no de otro (...). Secreta voz que ‘propone’ y no ‘impone’ al hombre lo que éste tiene que hacer; pero de tal índole es su ‘proposición’ que, si libremente no la aceptamos, dejamos eo ipso de ser nosotros mismos”. En la vocación, conocida y querida, hay una obligación moral, en la que se compromete, por de pronto, el bien individual y que nos convoca a cumplir con ella. Ese cumplimiento es perfecto porque se consuma la norma natural. Podríamos elegir no cumplirla, pero en ese caso no alcanzaríamos la perfección que del cumplimiento de aquella obligación se desgaja, y nos frustraría en nuestra condición de hombres. Libremente elegimos ser lo que debemos ser, libremente asumimos las obligaciones ínsitas a la paternidad. La libre elección de ser padres nos imprime un sello.

“A un primer examen, la vocación es, pues, el quehacer sin el cual no podríamos seguir siendo nosotros mismos. Quien es traidor a su vocación propia incurre en falsedad, vive en «falso» y deja de ser «él mismo». No nos arredra el afirmar que ese hombre «muere». Hay, en efecto, varios modos de morir, y uno de ellos, distinto de la «muerte biológica» o pérdida de la vida terrena, es la «muerte biográfica» de quienes siguen una vida individual distinta de aquella a que su vocación les llamaba” (Lain Entralgo, 1978, p. 136).

Luego, en el tiempo de espera se engarza vigorosamente la relación paternofilial, pues al *esperar* a nuestros hijos, al seguir el cadencioso compás de su propia naturaleza -humanidad recién comenzada, divinidad acabando de parir una promesa-, cumplimos con nuestra vocación de protectores de su candor, de donadores de amor. Dispensar amor, entregarnos a ellos colmará los anhelantes deseos de sus corazones sedientos de espera, que es, al fin y al cabo, perder el tiempo en la tierra de los cuentos⁶.

Conclusión: Los niños son lentos

⁶ En razón de esto habría que aclarar lo siguiente: esperar no es dejarlos hacer lo que quieran, cuando quieran y como quieran, no; pero si darles el tiempo necesario para desarrollar sus actividades a un ritmo que le es propio. Asimismo, a este ritmo propio hay que ir educando – es decir, imprimir una forma en un sujeto, de manera tal que ésta devenga del sujeto mismo- las virtudes que son necesarias para la perfección de su naturaleza.

Dijimos al principio que los niños son lentos. Pero si nos fijamos bien este criterio de lentitud es impuesto por las personas mayores en donde prima el tiempo del reloj, del calendario, de la utilidad, de la productividad, del constante andar y nunca detenerse, siempre apurados, incapaces de pegar la nariz contra el vidrio o de contemplar un insecto en sus labores. Son las *personas mayores* quienes poco a poco van introduciendo esa noción de productividad en la mente de los pequeños, sin darse cuenta de que marcan de manera decisiva su vida cotidiana.

Veamos si no, cada vez están más ocupados, más programados, más apresurados: de la escuela a la casa -y luego de una breve estadía- se van al instituto de inglés, y de ahí a practicar algún deporte o instrumento musical, que en muchos casos no se hace por el goce mismo de jugar o tocar algún instrumento, sino con la presión social de la profesionalidad. La finalidad aquí es la utilidad que puede prestar el *adiestrarse*⁷ en tal cosa. Y este adiestrarse que tiene como resultado ingresar en el mercado es algo que se extiende, y nos puede servir de ejemplo del absolutismo laboral, a todos los ámbitos, incluido el educativo. Respecto a ello dice Charles Coutel que “actualmente el recurso sistemático al término ‘profesional’ inscribe la destinación emancipadora de universitarios y de la escuela en general en el único horizonte de la producción material y de la adaptación al mercado” (Coutel, 2006, p. 46). La “formación” y hasta la mismísima vida humana es absolutamente empobrecida, se desarrolla dentro de los estrechos límites de la lógica de la utilidad, perdiendo las dimensiones esenciales de la existencia.

De modo preciso y claro lo ha expuesto Ilse Plattner (1995):

“Cada vez son más los niños a los que se diagnostica o, mejor, se etiqueta como ‘hiperactivos’; lo que no tiene nada de extraño. Pues son tantos los adultos, y en consecuencia también los progenitores, asimismo hiperactivos, que pasan ‘a todo correr’ de una actividad a otra y no tienen tiempo para ocuparse de los niños con tranquilidad. La agitación de una madre o de un padre, que experimentan de continuo la premura del tiempo, se trasmite también al niño haciéndole un ser inquieto y ‘crispado’” (p. 126).

⁷ Utilizamos con clara intención este verbo para distinguirlo de formación. La primera refiere a un fin externo al hombre mismo, se aprenden ciertas actividades, tareas o conocimientos que sirven para actuar en el mundo. La segunda refiere a un obrar interno, íntimo e interior donde la persona es fin en sí misma. Busca su perfeccionamiento intelectual y moral.

El espíritu geométrico, como bien ha dicho Pascal, ha ahogado por completo al espíritu de fineza. Es el resultado de una sociedad que ha privilegiado el lucro sobre la virtud.

Recurrimos a Saint-Exupéry y a su magnífica y recóndita obra, llena de alusiones, de insinuaciones que narran y puntualizan las diferentes miradas del niño y de la persona mayor. El siguiente párrafo nos permite vislumbrar con prístina claridad la noción de tiempo que prima en una época en la que todo está atravesado por la lógica del beneficio, de la ganancia, del mayor rédito:

–¡Buenos días! –dijo el principito. –¡Buenos días! –respondió el comerciante. Se trataba de un comerciante de píldoras para quitar la sed. Se toma una pastilla por semana y ya no se sienten más ganas de beber. –¿Por qué vendes eso? –preguntó el principito. –Porque economizan mucho tiempo. Los cálculos hechos por los expertos comprobaron que se ahorran cincuenta y tres minutos por semana. –¿Y qué se hace con esos minutos? –Se hace lo que cada quien quiera hacer...

Se hace lo que se quiera hacer... ¡excepto perder el tiempo! Esos minutos de sobras deben ser *invertidos* en algo productivo, para que sean rentables. No se podría usar ese tiempo, según estas personas mayores, para cuidar una rosa, o para pintar, o para jugar, o para filosofar. Eso sería malgastar el tiempo. Si tienes tiempo, parecen decir, ocúpate de que genere dividendos. Ahora ¿qué haría un niño con ese tiempo? Lo perdería atendiendo a sus soldaditos, a sus muñecas, o como El Principito: *"¡Ah! Si yo dispusiera de cincuenta y tres minutos –pensó el principito–, caminaría hacia una fuente con toda tranquilidad..."*. De ese modo el tiempo que el niño le dedica a las cosas se hace completo, delicioso, placentero, gozoso. Su *vivencia* del tiempo se rige por el desenvolvimiento de su propia naturaleza, de su trayecto vital.

No estamos diciendo que se abandonen todas aquellas actividades –música, idioma, deporte–, que se nos entienda. Lo que queremos expresar es que estas actividades no *aceleren* el paso de la infancia a la edad *mayor*⁸, no reduzcan su horizonte al estrecho mundo de la jornada laboral. La existencia humana no es, principalmente, para trabajar sino para contemplar. Por esto mismo es que la música, por tomar el ejemplo antes dicho, debe ser pre-profesional, haciendo posible así la

⁸ No se nos escapa que el niño va a ser adulto, pero debemos distinguir entre el adulto inmaduro que parodia la infancia, y el adulto maduro que es aquel que ha cuajado la infancia, que la alberga original y transparente.

fruición de la belleza en la armonía y el ritmo⁹, bajo los altos y dorados cielos del asombro.

No debemos inculcar a los niños aquella concepción y actitud frente al tiempo que nos lleva a concebir el día a día como rutinario, monótono y sin sentido. Bien ha descrito esta situación de tedio Baudelaire:

“Nada más largo es que las rengas jornadas,
cuando bajo los gruesos copos de las nevadas,
el tedio, fruto de la sombría incuriosidad,
toma las proposiciones de la inmortalidad”.

Esas jornadas, ese día a día que parece no pasar, pero sí pesar, caminan a paso lento como el rengu que le cuesta avanzar; días idénticos, uno igual de gris que el otro, y así los trescientos sesenta y cinco días del año; empero esto es fruto de la incapacidad de asombrarse de lo ordinario y cotidiano, de descubrir en lo habitual y frecuente lo milagroso de que las cosas sean

Quien percibe el tiempo a la manera que poéticamente lo describe Baudelaire es aquel hombre de “espíritu burgués”, incompetente para la fiesta, que ha sido bien retratado por Josef Pieper, Antoine de Saint-Exupéry e igualmente por el profesor J.R.R. Tolkien cuando describe la vida de Bilbo antes de su aventura.

El tiempo en los niños marcha por un carril paralelo al que se ha descrito. Es el tiempo del juego, de la repetición y por eso mismo es el tiempo del pensamiento, del arte, de la amistad, de la música, del amor y es preludio del *otium*. Esto nos muestra que la actitud frente al tiempo es decisiva a la hora de poder mirar el mundo con otros ojos: con la mirada del Principito y no con la del hombre de negocio que en el firmamento tachonado de estrellas veía signos monetarios.

Mientras sean pequeños no empañemos su mirada con números, cantidades, cifras y utilidades, antes bien que se gocen en su mirada poética, que se deleiten en la armonía de las cosas, esto les permitirá ver no tan solo la espalda de las cosas, sino también el perfil profundo y misterioso de las mismas.

⁹ Lo que no implica el desapego de las técnicas instrumentales, sino del carácter útil de la cosa. Y por supuesto que puede llevar adelante toda una formación en ello y valerse de ello como sustento de la vida, pero no debería quedar reducido a este plano.

Referencias

BAUMAN, Zygmunt (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Trad. Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, FCE, Bs. As.

BAUMAN, Zygmunt (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Gedisa, Barcelona.

COUTEL, Charles (2006). *¿Por qué aprender?* Ediciones del signo, Bs. As.

HAN, Byung-Chul (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder, Barcelona.

LAIN ENTRALGO, Pedro (1978). *Antropología de la esperanza*. Guadarrama, Barcelona.

PLATTNER, Inés (1995). *El estrés del tiempo. Un sufrimiento contemporáneo y su terapia*. Trad. Claudio Gancho, Herder, Barcelona.